

Alberto Mackenna  
Subercaseaux  
“El origen del «Museo de  
Copias»”

en Luchas por el Arte

Santiago/Valparaíso:

Sociedad Imprenta-Litografía Barcelona, 1915

páginas 3-14



## El Origen del «Museo de Copias»

Conferencia en el Ateneo de Santiago el Lunes 22 de Mayo 1899

Señoras, señores:

«Me cabe el honor de proponer a vuestro ilustrado criterio un sencillo proyecto: el de fundar en nuestra capital un Museo de Copias de las obras maestras del arte antiguo y moderno. Es esta una obra cuya realización es en extremo fácil y sus resultados pueden ser tan hermosos como útiles.

Me figuro, señores, que vosotros debéis sentir interés por el progreso artístico de nuestro país, y vais a mirar con simpatía este proyecto.

Vuestra sola reunión en este sitio, destinado a fomentar las manifestaciones intelectuales, es ya una señal de amparo para toda idea de progreso.

Esta simpática comunidad del sentimiento había tendido entre nosotros un lazo de estrecha amistad, de esa noble amistad fundada en el arte que, en Roma, ha unido siempre a los hombres de todos los países, y de todas las religiones.

Una dulce sensación, hasta entonces desconocida para nosotros, nos hacía sentirnos más felices y nos levantaba el espíritu mostrándonos la visión de lo ideal. Nos desprendíamos de las preocupaciones materiales para vivir como en un sueño.

Era Roma, con todo el poder de sus recuerdos, la que principiaba entonces a revelársenos; ella elevaba a los profanos hasta la altura de los artistas.

Roma principiaba a dejarnos entrever los primeros resplandores que arroja el espíritu antiguo sobre la vista deslumbrada del hombre moderno.

Fué allí, entre los fulgores del pasado, y en medio de los escombros y de las ruinas de las grandes épocas de la historia, donde lució la aurora de nuestro despertar a las elevadas emociones de lo bello.

En esos momentos de éxtasis, de misticismo artístico, nuestro pensamiento, muchas veces se apartaba de Roma, como buscando un sitio contrario al arte en donde pudiéramos reposar un

Me permitireis, señores, una ligera digresión antes de daros a conocer los detalles materiales del proyecto. Es una modesta página de viajero que os mostrará el origen y las ventajas de esta obra.

Recuerdo un día, del año último, en que nos encontrábamos reunidos en Roma un grupo numerosos de compatriotas, entre los cuales, no faltaba alguna distinguida personalidad de nuestro mundo político y donde había una mayoría entusiasta de muchachos.

Por una feliz coincidencia, muy natural, por otra parte, hallándose en Roma, todos estábamos aquel día bajo una misma impresión de espíritu: veníamos de visitar los magníficos Museos del Vaticano, en donde están acumulados, con opulenta profusión, los tesoros más valiosos del arte griego y romano.

Casi todos éramos profanos a estas manifestaciones de la belleza, y sólo aquel día nos agrupábamos en las puertas del Vaticano, para recibir nuestro bautismo en este divino culto del arte.

Desde entonces, no hubo entre nosotros sino un mismo sentimiento, una misma idea: todos estábamos uniformados mediante el poder de una emoción que sentíamos con igual intensidad.

de una atmósfera hostil nos ha venido a revelar que existen muchos espíritus delicados, muchos talentos nobles, capaces de concebir y dar formas reales a lo bello, que viven desconocidos, casi avergonzados, sin recibir aliento del público y sin tener escuelas, ni modelos para perfeccionar sus disposiciones naturales.

Sin estímulo, sin atmósfera, sin medio artístico, Virginio Arias concibió su hermosísimo Descendimiento de la Cruz, Plaza creó su admirable Quimera y Valenzuela Puelma dió vida, a la Resurrección de la hija de Jairo; obras que son un oasis de belleza y de frescura en la aridez de este desierto.

Cómo no esperar entonces que cuando existan modelos clásicos y escuelas de enseñanza artística, cuando se conozcan las bellezas del arte griego y del romano, surga de súbito, una gloriosa generación de artistas, enamorados de lo bello y ambiciosos por escalar las alturas del arte.

Tenemos derecho para aspirar a esto, señores, pero debemos trabajar por obtenerlo.

Fueron estas ideas las que denominaron nuestra atención de patriotas en medio de los entusiasmos que sentimos en Roma. Quisimos allí hacer algo para poner siquiera un grano de arena en el edificio, todavía sin cimientos, de nuestro arte nacional.

instante nuestro espíritu, para poder seguir esta excursión a través del genio de los siglos.

No os extrañareis, señores, si os digo que este sitio ajeno al arte, este polo negativo, destinado a detener las corrientes del espíritu por la región del ideal, lo encontrábamos, triste, es decirlo, en nuestra propia patria.

Era acá, en este hermoso rincón, graciosamente dotado por la naturaleza e iluminado por la sonrisa eterna del sol, en donde veíamos, con pena, una tierra casi vírgen, en cuanto a los labores artísticas, una tierra estéril, en donde el hombre ha dejado crecer los abrojos, cuando debió cultivar las flores.

Sí, señores, es cierto, tristemente cierto, que, entre nosotros, sólo muy a lo lejos se ha dejado escuchar un suspiro del arte, en medio de la acalorada agitación de nuestra batalla por la vida y de nuestras odiosas y eternas luchas políticas.

Pero, a pesar de todo, podemos decir, como un consuelo, que el ideal entre nosotros no está muerto, sino dormido, esperando tal vez, una mano que lo venga a despertar.

Más de una vez hemos visto brotar espontáneamente,—como un lirio del campo—un germen lozano del arte al pie del muro glacial de la indiferencia o de la ignorancia pública.

Este eco de la belleza oprimida bajo el peso

con una suma no superior a treinta mil pesos de nuestra moneda, se podía comprar un museo completo de copias de esculturas, y podrían traerse a más los modelos de todos los estilos arquitectónicos antiguos,—base de las construcciones modernas.

Pensábamos que nuestro Gobierno podía bien emplear las migajas del Presupuesto, en la realización de una obra que estaba destinada a producir los más halagüeños resultados desde que ella iba a servir de base a la educación artística de nuestro país.

Traer acá los modelos clásicos es como traer los maestros para formar artistas. Es echar en nuestra tierra inculta las primeras semillas de las flores del arte.

Es además una escuela de buen gusto y de criterio artístico.

Junto con las obras de arte puro necesitamos traer los modelos clásicos de la arquitectura, sobre los cuales debemos fundar las ideas de buen gusto, para nuestras construcciones y para el embellecimiento de nuestras ciudades.

A más de las ventajas de carácter práctico, un Museo de Copias tiene una indiscutible importancia para nuestro conocimiento de la historia, desde que el arte da a conocer el espíritu, las ideas y la civilización de los pueblos.

En aquellas inolvidables charlas de Roma, en las cuales cada uno de nosotros vaciaba, con amistosa espontaneidad, el cúmulo de sus impresiones, nos decíamos todos los días: Ah! Cómo pudiéramos llevar a Chile una muestra siquiera de las maravillas del arte antiguo! ¡Cómo dar a conocer, a todos los nuestros, la Vénus cincelada por Praxiteles, el Moisés de Miguel Angel, el Gladiador moribundo, el Descendimiento del Bernini, el San Juan del Donatello, el Apolo Citaredo y tantas otras obras de suprema belleza que se exhiben en los Museos de Roma.

Cómo también hacer sentir a todos, nos decíamos, este delicado perfume que se desprende del arte; el perfume de Roma...

Cómo dar a conocer entre nosotros el pensamiento de los siglos pasados, escrito en las manifestaciones artísticas de los pueblos!

Y la solución de este patriótico deseo la veíamos tan fácil, tan realizable. Bastaba con adquirir en Italia una colección de copias en yeso de las esculturas clásicas, para tener entre nosotros una muestra de las más bellas producciones del pasado. Esta adquisición demandaba un gasto insignificante en consideración, no sólo a la importancia de la obra, sino en cuanto al valor material que ella tiene en sí.

Después de tomar informaciones supimos que



el Océano a donde afluyan todas las corrientes del arte. ¡Océano insondable que oculta el pensamiento de cien generaciones!

A este culto por los clásicos, a esta veneración por Roma, debe hoy la Francia su florecencia artística.

Ella tiene ahí establecida una escuela y un museo propio y envía todos los años sus mejores alumnos. El «Premio de Roma» es el más hermoso laurel de sus artistas.

Por su respeto y su admiración a las obras de los griegos, París es hoy la Atenas moderna. Se vé en todas partes que su cultura está inspirada en la perfección Helénica.

El pueblo francés tiene espíritu elevado, aspiraciones nobles y carácter feliz, porque ese es un pueblo de artistas. Su temperamento está refinado con las emociones del arte y su educación intelectual está basada en el conocimiento y en el respeto de los clásicos.

De ese pueblo podemos también traer muchas copias de obras admirables que nos sería útil conocer e imitar.

Junto con la parte material de esas obras nos puede venir algo del gran espíritu que los ha inspirado.

Es tiempo ya señores, de hacer algo práctico, en favor del arte en nuestra tierra,

Cuando se estudia la historia, en presencia de las obras de arte, se penetra hasta el fondo del alma de los pueblos; se vé palpablemente lo que ellos han pensado, lo que han sentido, lo que han creído.

Los griegos, al traves de los siglos, están aún hablando en sus obras de eterna belleza, y demuestran con ellas la perfección de su cultura y de su civilización.

Los romanos han dejado escrito en el mármol y en la piedra, lo grande, lo artistas que ellos fueron.

Esos seres ideales que inspira el arte—símbolos humanos que viven en el mármol y que reflejan el pensamiento y la vida de otras épocas,—son los intermediarios vivos entre los tiempos que fueron y los tiempos presentes.

Debemos respetarlos e inspirarnos en ellos. Tal es lo que han hecho todas las razas civilizadas de nuestros días; y no hay en Europa ni aún en América, una ciudad, por insignificante que sea, en donde no exista un Museo de Copias de obras clásicas.

No hay tampoco un país, de los que marchan a la cabeza del progreso moderno, que no envíe todos los años a Roma a sus artistas de talento.

Porque Roma ha sido y será en todo tiempo el centro en donde se reúnan todos los artistas,

Este abandono a que lo hemos relegado, no es propio de hombres que miran por interés el porvenir de su patria.

Fomentar y cultivar gradualmente este sentimiento en todas nuestras clases sociales, es una obra patriótica y una obra de civilización y de cultura.

Es también una obra de regeneración en los tristes días presentes.

Cuando haya entre nosotros más elevación en los ideales, cuando se cultive el arte en todas sus manifestaciones y se comprenda la influencia y los fines que él tiene en la vida de los pueblos, nuestra civilización será más perfecta y seremos más cultos y más felices.

Debemos creer que el arte tiene el don de ennoblecer hasta las pasiones del hombre, por que él las conduce por un camino más suave.

Debemos también creer que este sentimiento despeja los horizontes más estrechos, ensancha las ideas, hace concebir preocupaciones superiores y eleva el espíritu hasta las regiones del ideal.

El consuela al hombre de las miserias, de las decepciones y de los quebrantos de la vida material y le dice que no todo es barro ni materia en él.

El suaviza las asperezas del carácter, calma

el ardor de las pasiones, dulcifica los sentimientos y hace más cordiales y más cultas las relaciones humanas.

Es un amigo leal, un compañero noble en las horas tristes de la vida.

Ah, señores! Y nosotros cuanto necesitamos de estos auxilios y de estos perfumes del arte! Nosotros que por nuestra corta vida de pueblo, nos faltan aun muchos detalles de cultura social.

Nuestra corteza está todavía algo amarga, algo primitiva: necesitamos para refinarla que corra por nuestro organismo el fluido ennobecedor del sentimiento artístico.

Solo cuando lo hayamos conseguido, podremos decir que hemos llegado a una civilización completa.

Entonces será la edad de oro de nuestra cultura, porque nuestros artistas, como los artistas griegos, estarán rodeados de las consideraciones y del prestigio público y habrá para ellos laureles y ramos de mirto!

Que esto no sea una bella fantasía, señores; luchemos por alcanzar la realidad.

Lo contrario sería, como renegar de los dones con que nos ha regalado a manos llenas, nuestra feraz naturaleza. Chile debe ser una tierra de artistas, porque hay entre nosotros todos los elementos que inspiran el arte!

Tenemos un cielo azul y diáfano como el cielo de Italia, tenemos, en nuestros campos, bosques grandiosos como los bosques de Arcadia; y algunas de nuestras mujeres muestran un perfil que hace recordar la belleza Griega!

La naturaleza nos lo ha dado todo, pero nosotros no hemos sabido aprovechar sus dones.

Un país sin arte, es un país sin alma: es una tierra de maldición y de tristeza, en donde no crecen sino los abrojos y las flores del mal; donde el hombre se revuelca en el fango de los vicios, sin saber siquiera, que en la vida hay algo noble, algo superior a la materia, y sin ser capaz de sentir ninguna elevada emoción en el espíritu.

Trabajemos, pues, señores, por traer a nuestra tierra los consuelos y las glorias del arte!

Empeñémonos por traer, hasta nosotros, un «Museo de Copias» de las obras clásicas, porque esta será la primera piedra de nuestro Partenon artístico!

---

NOTA.—En Agosto del año 1900 fué aprobada por el Congreso una partida de 30,000 \$ para adquirir en Europa un «*Museo de modelos*» y poco tiempo después fuí comisionado «*ad honorem*» por el Gobierno para escoger esos modelos en los museos europeos y traerlos a Chile.

El Museo de Copias se exhibe en el *hall* del Palacio de Bellas Artes y en la Escuela de Bellas Artes.—Nota del autor.